



**Facultad de Psicología
Trabajo Integrador Final**

***No se suicida quien quiere: Una lectura psicoanalítica
del suicidio, más allá del silencio y más acá del 'por
qué'*** Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Ferraris, Bárbara

Legajo: F-5387/2

DNI: 40.363.443

Docente responsable: Giani, Silvia

-2024-

Agradecimientos

Me gusta pensar

*que gracias a ustedes
o culpa de ustedes
me sobran los motivos
¿para qué?
Para que mi suicidio
sólo quiera quedarse a jugar
en la fantasía.*

A mi familia, la que me tocó por fortuna y la que elegí por privilegio, por ser mi gran tesoro

A Dulce, por llegar a mi vida para endulzar hasta mis momentos más

amargos A mi novio, por ser mi mejor intérprete

A mis amigas y mis amigos, por ser los incondicionales de siempre A mis facuamigos,

colegas en potencia, por ser el regalo más hermoso de la universidad A Silvia, por

acompañarme y guiarme en mi última aventura estudiantil

A cada rincón de la Universidad Nacional de Rosario, por el más lindo y enriquecedor de mis recorridos.

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
3 Desarrollo	
Romper el silencio: ¿qué decir de lo que no cesa de no decirse?.....	5
Desarrollo conceptual del suicidio en Freud.....	6
Desarrollo conceptual del suicidio en Lacan.....	10
El quehacer del analista y su ética ante el suicidio.....	15
Reflexiones finales.....	18
Referencias bibliográficas.....	21

Resumen

El presente trabajo integrador final aborda el fenómeno del suicidio desde una perspectiva psicoanalítica, utilizando los aportes teóricos de Freud y Lacan. El objetivo central es reflexionar sobre las diversas manifestaciones del suicidio y las implicancias que estas tienen en el quehacer del analista. Se destaca la relevancia de la metapsicología de la melancolía y la noción de pulsión de muerte de Freud para profundizar, más no colmar, la comprensión de motivaciones inconscientes presentes en el suicidio. La afirmación 'no se suicida quien quiere' resalta una condición subjetiva por encima de la supuesta voluntad consciente. Desde la perspectiva de Lacan, se explora la posición del sujeto en relación con el objeto *a*, el Otro y la escena, permitiendo así la diferenciación de estatutos de suicidio. Aunque se distinga entre *acting out* y pasaje al acto, la premisa fundamental de este ensayo sostiene que todo suicidio consumado se sitúa fuera de la escena; pues, tras la consumación, inevitablemente el sujeto queda excluido, incapaz de atestiguar cómo el Otro recepcionó su muerte. Se plantea la posibilidad de considerar al acto como otro estatuto del suicidio, lo cual implica una verdadera despatologización. La ética del

analista se destaca como ética de lo singular, rescatando la historia y el deseo del sujeto en lugar de imponer un 'Bien' moral. Finalmente, se reconoce la imposibilidad de colmar el agujero del saber sobre el suicidio, ya que cualquier 'por qué' evoca una multiplicidad de respuestas, evidenciando que siempre persistirá un aspecto del suicidio inalcanzable y desconocido.

Palabras clave

Suicidio – Pulsión de muerte – *Acting out* – Pasaje al acto – Acto

2

Introducción

“Los que sobreviven, lo sé bien, no ven en el suicidio más que huellas miserables de soledad, de infelicidad y de llamadas sin respuesta. No pueden plantearse el «por qué». Ésta debería ser la única pregunta que no hay que plantearse a propósito del suicidio”.
Michael Foucault, *Un placer tan sencillo*

El presente ensayo busca sumergirse en las aguas profundas del suicidio, iluminando la temática y desafiando el silencio oceánico que lo rodea. Porque el suicidio, como sombra persistente, no cesa de existir.

El suicidio está presente: ocurre en todo el mundo, en diferentes momentos históricos, en todas las culturas y sociedades, en diferentes edades y clases sociales. Que esté presente no implica que sea una problemática de reciente aparición; más bien, su antigüedad y persistencia a lo largo de la historia subrayan su relevancia en la

época actual. En 2004 la Organización Mundial de la Salud declaró al suicidio un problema de salud pública, evidenciando que su alcance y su impacto van más allá de los casos individuales y requieren respuestas y acciones coordinadas por parte de las autoridades sanitarias y la comunidad en general.

¿Cómo navegar en la complejidad de esta problemática? El suicidio ha sido objeto de interrogación continua por múltiples disciplinas como el psicoanálisis, la psicología, la sociología, la filosofía, la literatura, la psiquiatría, etc. Las elucidaciones existentes están lejos de ser únicas y acabadas; por el contrario, son muy diversas e incluso contrapuestas. Esto resalta que al suicidio no se lo puede pensar como un fenómeno universal y, por lo tanto, resulta conveniente siempre referirse al plural: suicidios.

La sociedad siempre aborda de manera contradictoria la muerte, y en particular los suicidios. Por un lado, se liga a lo ominoso, al horror, a aquello moralmente despreciable, vergonzoso, algo de lo que no se quiere hablar y que genera resistencias. Y por otro lado, cuando una persona se quita la vida, inevitablemente surgen diferentes

especulaciones y conjeturas, no solo en el círculo cercano del fallecido sino en la sociedad en general. Con el propósito de hallar explicaciones ante el horror que produce una muerte por mano propia, los 'por qué' no tardan en llegar. Ahora bien, ¿es posible saber por qué una persona se suicida?, ¿la persona que se suicida sabe ese porqué?, ¿existe un porqué?

En este trabajo, la posición será situarse más allá de los tabúes y silencios que rodean al suicidio, dándole voz a la problemática; y más acá de los 'por qué', relanzando otra pregunta ¿es posible hallar explicaciones que conviertan al suicidio en un fenómeno interpretable? Pues no se trata de la prisa por comprender, sino más bien de aportar un recorrido de lectura que abra nuevas perspectivas.

El suicidio no solo es enigmático, sino que necesariamente permanecerá como tal. En consecuencia, en el marco de este ensayo, no se ambicionará con descifrar un enigma -estructuralmente indescifrable- sino que el objetivo será reflexionar sobre las diferentes manifestaciones de suicidio que pueden acontecer según las indagaciones psicoanalíticas de Freud y Lacan, y sobre las implicancias de ello en el quehacer del analista. Se ha elegido el psicoanálisis como posicionamiento epistemológico, resaltando que el fenómeno del suicidio no resiste universales y debe ser abordado desde la singularidad que suscite el caso por caso. Las categorías de análisis con las que se leerá la problemática son: pulsión de muerte, *acting out*, pasaje al acto y acto.

Freud, a pesar de que no le dedicó específicamente un trabajo metapsicológico, ha emprendido esa búsqueda a lo largo de toda su obra. Desde su pregunta en "Contribuciones al simposio sobre el suicidio" de 1910 sobre cómo es posible que se supere la intensidad extraordinaria de la pulsión de vivir, pasando por su gran texto "Duelo y Melancolía" de 1915 donde demuestra que la clínica de la melancolía le permite ahondar en el problema del suicidio, hasta "Más allá del Principio de Placer" en 1920

3

con la noción de pulsión de muerte, que no solo introdujo un cambio fundamental en la teoría pulsional sino que pareció darle una respuesta a su interrogante. ¿Alcanza con mencionar a la pulsión de muerte para fundamentar el hecho de que una persona se haya quitado la vida? Si la pulsión de muerte está presente en todas las personas, cualquier sujeto puede suicidarse. Ahora bien, ¿cualquier sujeto puede suicidarse? Hay quienes pasan toda su vida diciendo que se quieren matar, pero no se matan ¿por qué algunos pueden matarse y otros no? Lacan (2009a) escribió en la pared de la sala de guardia del hospital donde se desempeñaba como psiquiatra, "no se vuelve

loco quien quiere” (p. 174), a la cual comúnmente se le anexa ‘sino quien puede’. La famosa cita puede ser parafraseada de la siguiente manera: ‘no se suicida quien quiere, sino quien puede’. Es importante señalar que la palabra *puede* no debe ser entendida en términos de voluntad, sino en un sentido estructural. Desde esta perspectiva, otro objetivo de este trabajo será interrogar el posicionamiento subjetivo de quienes se suicidan.

Casi todos los casos clínicos de Freud mencionan al suicidio desde diferentes estructuras y manifestaciones, a saber, intentos de suicidio, amenazas de suicidio, ideas, impulsos y fantasías suicidas. Por supuesto no es lo mismo un intento de suicidio que una fantasía suicida y el analista está advertido de ello. Bajo este enfoque, Lacan ha especificado diferentes estatutos del suicidio en el seminario 10 “La Angustia” al reflexionar acerca del posicionamiento del sujeto en relación con el Otro del significante y con el objeto: suicidio como pasaje al acto y suicidio como *acting out*. A su vez, en el artículo “Radiofonía y Televisión” (1977), Lacan se refiere al suicidio como “el único acto que tiene éxito sin fracaso”(s/p), lo cual conduce a preguntar por el acto como otro estatuto posible del suicidio.

Dado que Lacan, al desarrollar pasaje al acto y *acting out*, señala una diferencia crucial entre ambos estatutos en su relación con la escena, otra pregunta que se hará es ¿suicidio dentro o fuera de la escena? Aun así, la premisa de este ensayo es que todo suicidio consumado, independientemente de su estatuto, debe considerarse un suicidio fuera de la escena.

En cuanto a la práctica clínica, se reconoce que la posibilidad del suicidio existe. Ahora bien, ¿qué implicancias tiene ello en el quehacer del analista? En lo que refiere al suicidio, muy rápidamente aparece la culpa o la instauración fantasmática del fracaso en el analista. Puede considerarse apropiado hablar, no de culpa, sino de responsabilidad y de ética. Y la ética del psicoanálisis no tiene que ver con la moral o con prescribir ‘el Bien’, sino que es una ética de lo singular, una ética que no pasa por salvarle la vida al paciente, sino más bien por tratar de orientar la angustia hacia el deseo, cuando eso es posible (Gianni, 2011).

En función de lo mencionado se advierte que el suicidio es un fenómeno interrogado e interrogador, porque a pesar de no ser el nombre de ningún objeto teórico del psicoanálisis, es interrogado por el psicoanálisis e interroga la práctica misma del analista.

Romper el silencio: ¿qué decir de lo que no cesa de no decirse?

¿Cómo empezar?, ¿por dónde empezar? En primer lugar, para que algo exista tiene que ser nombrado, vaya poder el de lo simbólico. Etimológicamente suicidio proviene del latín moderno *suicidium*. El prefijo *sui* indica ‘si mismo’, y el sufijo *cidium*

plantea un asesinato, asociado al verbo *caedere* que significa 'matar'. Aunque no se sabe con exactitud la fecha del primer uso, varios autores afirman que dicho vocablo apareció a mediados del siglo XVII, por ende es relativamente nuevo (López Steinmetz, 2020). Podría leerse que, no solo por su origen compuesto, sino también por haber aparecido tardíamente, existe intrínsecamente una dificultad para encontrar una nominación, como si no hubiera una palabra que pudiera representar semejante acto.

Tampoco es posible encontrar una interpretación que logre dar cuenta del suicidio de manera unívoca. Las interpretaciones que se hicieron han variado considerablemente; desde elogios por considerarlo un acto heroico, un acto de honor, o repudios por considerarlo pecado, una afrenta contra la divinidad o un crimen. Aunque

hubo una gran transformación en su interpretación cuando la ciencia intervino y convirtió al suicidio en una patología, es decir que pasó a ser indicador de enfermedad mental. Así se produjo un cambio radical dado que este nuevo discurso permitió resolver un enigma (¿acaso eso es posible?), las causas, los porqués del suicidio consiguieron respuestas: por depresión, por ansiedad, por locura, o por... alguna otra afección de salud mental que se puede encontrar en los 'DSM'.

Hay que decirlo, el suicidio es un problema específicamente humano debido a la capacidad de éste para reflexionar sobre su propia existencia y su finitud y tomar decisiones al respecto (Cohen, 2000). Si bien puede estar ligado a la patología, pues *pathos* significa padecimiento y son abundantes los casos en los que se supone que una persona se quitó la vida para ponerle un punto final a su inmenso padecer, esa explicación es insuficiente. No alcanza con recurrir a la enfermedad mental para recubrir el inmenso problema del suicidio, porque como plantea Albert Camus, "todos los hombres sanos han pensado en su propio suicidio" (2010, p. 18).

Si el ser humano está inevitablemente ligado al suicidio, ¿es algo a lo que tendría que temer? La muerte es temida porque es inevitable, ¿la muerte por mano propia es inevitable? No se trata de plantearlo en esos términos, sino de sostener que la posibilidad de reflexionar sobre la propia muerte permite imaginarla, fantasearla, idealizarla, interrogarla, para así lograr soportar jugar el juego de la vida. En palabras de Emil Cioran:

Sin el suicidio la vida sería, en mi opinión, verdaderamente insoportable. No necesitamos matarnos. Necesitamos *saber* que podemos matarnos. Esa idea es exaltante. Te permite soportarlo *todo*. Es una de las mayores ventajas que se le han brindado al hombre. No es complicado. Yo no abogo por el suicidio, sino solo por la utilidad de la idea. (2011, pp. 73-74)

La posibilidad de darse muerte es sentida como esa bocanada de aire que permite seguir, avanzar, hallar sentidos renovados en esta travesía que es la existencia; a su vez abona a la creencia de que uno es dueño de su destino y elige cuándo poner un punto final. ¿Se trataría el suicidio de un acto voluntario de libertad, o hay otras fuerzas más allá del propio control?

El suicidio sería aquello que produce temor, repudio, horror, rechazo, incertidumbre y, paradójicamente, esperanza. Es un tema que no pasa desapercibido en la sociedad, y los factores sociales, económicos y culturales también desempeñan un papel crucial en la comprensión de este fenómeno. La relación del sujeto con el mundo que lo rodea no se presenta al margen del acontecer social.

En la sociedad occidental impera el discurso capitalista, prometiendo felicidad presentando y ampliando opciones de satisfacción que, con frecuencia, contribuyen a la generación de desigualdades económicas y a la comercialización de necesidades

básicas. Este sistema promueve una cultura del consumo excesivo y refuerza el individualismo, el 'sálvese quien pueda', por lo tanto, en lugar de satisfacción genera una insatisfacción constante. ¿Es esta una sociedad de cristal cuyos vidrios rotos resultan en grandes perjuicios? Quizás. Esto podría explicar "la gran precariedad del sujeto de nuestro tiempo, un sujeto endeble, inseguro, cobarde, y que vive lleno de miedo y de angustia" (Gallo, 2021, p.178).

El imperativo de la superación personal y la voluntad se revela como un nuevo mandato y se erige como un paradigma normalizador al señalar, desde el ámbito moral, qué es considerado correcto o incorrecto, qué es catalogado como 'normal' y qué queda fuera de esa norma, porque "(...) si hay algo de lo que el capitalismo nada quiere saber, es de un sujeto que diga ¡no! a los objetos que le prometen la felicidad" (Vargas Castro, 2020, p.181). Este enfoque, que aparentemente se orienta hacia la prosperidad y el desarrollo individual, impone expectativas y presiones sociales que pueden llevar a la estigmatización de aquellos que no se ajustan a la definición de 'éxito personal' o de aquellos que rechazan esa satisfacción prometida.

Otro aspecto a considerar es que la escurridiza nominación del suicidio también responde al velo del tabú que lo oscurece y lo coloca bajo el manto de lo prohibido: mejor no hablar de ciertas cosas.

Hay grandes inquietudes sobre el suicidio que movilizan a cualquier ciudadano común; una de ellas tiene que ver con la supuesta herencia. Aparece con frecuencia la pregunta sobre si es factible que haya más suicidios en la familia por parte de quienes enfrentaron de cerca esta experiencia. El temor a la transmisión podría deberse a que "el suicidio posee una belleza horrenda que lleva a los hombres a condenarlo de forma tan terrible, y también una belleza contagiosa que da lugar a epidemias de suicidio" (Lacan, 2007, p.254).

Una inquietud más a señalar podría ser la idea de caer en la apología del suicidio, que conduce las numerosas reservas y resistencias para abordar el tema, produciendo el siguiente interrogante: ¿hablar o no hablar de suicidio? A lo mejor el punto no sea ese, sino ¿cómo hablar?

Hay diferentes discursos desde los cuales se lo puede abordar, pero en este ensayo la pregunta es ¿cómo hablar –desde el psicoanálisis– del suicidio? Por consecuencia, en los apartados subsiguientes se retomará a dos grandes exponentes del psicoanálisis: Sigmund Freud, que al abrir la puerta al estudio de lo inconsciente proporciona un marco conceptual que invita a explorar explicaciones más allá de las que hasta entonces se consideraban, y Jaques Lacan, para quien "el psicoanálisis manifiesta que los hechos de la psicología humana no son concebibles si está ausente la función del sujeto definido como efecto del significante" (2001, p. 215), su mirada analítica resultará imprescindible para ahondar en el posicionamiento subjetivo de quienes se suicidan y ponderar así el 'caso por caso'.

Desarrollo conceptual del suicidio en Freud

Uno de los primeros registros de la incursión de Sigmund Freud en el estudio psicoanalítico del suicidio se encuentra en "Contribuciones para un debate sobre el suicidio" (2013a), un simposio llevado a cabo en 1910, en el cual se cuestionaba si la escuela incitaba a los adolescentes al suicidio.

En esa discusión un educador toma la palabra para refutar la acusación infundada; luego interviene Freud, señalando que los allí presentes no considerarían culpar a la escuela de empujar a los alumnos al suicidio, pero indica que no todos los argumentos presentados por el expositor están lo suficientemente respaldados, pues,

simplemente afirmar que el suicidio juvenil no se limita a los alumnos de la escuela es una interpretación incompleta, es necesario explorar más a fondo este fenómeno. Freud destaca que la escuela actúa como el sustituto de los traumas que los adolescentes experimentan en diferentes contextos de vida, y destaca dos recomendaciones para evitar que la escuela contribuya al riesgo de suicidio: inculcar el goce de vivir y ofrecer

6

apoyo en en la transición subjetiva que los confronta. Sin embargo, afirma que la escuela "no lo hace y que en muchos puntos no está a la altura de su misión de brindar un sustituto de familia y despertar el interés por la vida de afuera, del mundo" (2013a, p.232).

La observación realizada por Freud, aunque tenga más de 100 años, no pierde vigencia y continúa siendo relevante en la actualidad. Es atinado considerar a la escuela como una institución que condensa las complejidades de la vida en sociedad; allí los alumnos pueden ser sometidos a diversas humillaciones por sus compañeros, experimentar exclusión, rechazo, y diferentes circunstancias de maltrato que pueden convertirse en detonantes de suicidio. Por ende, resulta valioso tomar en cuenta las recomendaciones del autor, para que la escuela y sus educadores promuevan el placer de vivir y oficien de sostén en etapas cruciales para la constitución subjetiva. No obstante, la realidad educativa implica lidiar con una variedad de factores que escapan al control directo de la escuela, como condiciones socioeconómicas, dinámicas familiares y cuestiones de salud mental de los estudiantes. En este contexto conviene destacar que la responsabilidad de abordar estos desafíos recae en la coordinación de varios actores sociales, y que sin un Estado comprometido se dificultan o se imposibilitan las intervenciones.

Como colofón al debate, Freud (2013a) concluye sin llegar a una resolución definitiva sobre el complejo problema del suicidio. Sin embargo, propone una pregunta que planta una semilla crucial que germinará en su pensamiento posterior sobre este tema: ¿cómo es posible que llegue a superarse la pulsión de vivir? Esta inquietud no es exclusiva de una edad específica ni de una etapa de la vida en particular, es decir que no se limita exclusivamente a la edad escolar o al suicidio adolescente; más bien, se extiende a la reflexión sobre el suicidio en general en los seres humanos.

El autor sugiere abordar este enigma mediante el estudio de la melancolía, explorando las vicisitudes que la libido experimenta en esa condición. Aunque no fue en ese Congreso, sino unos años más tarde, en "Duelo y melancolía", donde Freud (2017a) formuló una explicación detallada del suicidio melancólico. En este trabajo proporciona una metapsicología sobre la melancolía: ante la pérdida o desengaño por parte de un objeto amado, cuya elección fue de tipo narcisista, la libido no se desplaza hacia otro objeto sino que se retrae hacia el Yo, y la investidura de objeto experimentaría un doble destino: una parte regresa a la identificación narcisista, y la otra, bajo el influjo de la ambivalencia, se traslada hacia la etapa sádica más próxima al conflicto, y es la satisfacción sádica la que revela el enigma de la inclinación al suicidio. Es importante mencionar que la melancolía no equivale simplemente a estar triste; más bien representa un estado patológico donde la persona no puede cambiar de objeto y, sumida en un dolor psíquico abrumador, se siente aplastada por el derrumbe de su mundo.

De este modo, mediante un análisis exhaustivo de la melancolía, Freud (2017a) afirma que el Yo solo puede darse muerte a partir de tratarse a sí mismo como un objeto. ¿Por qué se trata a sí mismo como un objeto? Porque "la sombra del objeto cayó sobre el Yo" (p. 246). El objeto ha sido introyectado para evitar su pérdida, y el conflicto entre el Yo y la persona amada se transforma en una bipartición entre el Yo crítico y el Yo alterado por la identificación, llevando a que los reproches contra el

objeto reboten sobre el Yo propio. La densidad conceptual presentada en este texto ofrece una amplia gama de puntos de análisis, por lo que se despliegan diversos aspectos para abordar y reflexionar.

Por un lado, es en esta obra de 1915/1917 donde Freud consolida y formaliza una hipótesis que ya había delineado desde 1909 en "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" con el Hombre de las Ratas (2003a), y que también se encuentra en 1912 en una nota al pie de "Tótem y tabú" (2011), específicamente, "los impulsos suicidas de nuestros neuróticos resultan ser, por regla general, unos autocastigos por deseos de muerte dirigidos a otros" (p. 155).

No obstante, cabe mencionar que en "Duelo y melancolía" (2017a) y en "El Yo y el Ello" (2014a) publicado en 1923, Freud realiza una distinción clínica específica entre

7

los autorreproches vinculados a la neurosis obsesiva y aquellos asociados a la melancolía. En la neurosis obsesiva los autorreproches se relacionan a un sentimiento de culpa hiperintenso, pero el Yo buscará oponerse mediante defensas. En cambio, en la melancolía el Yo no se rebela ante los autorreproches, sino que asume esa culpa, se humilla públicamente considerándose inútil, moralmente despreciable. Freud (2017a) denomina delirio de insignificancia a este nivel exacerbado de autoflagelo. El sujeto porta una sensación de indignidad tan profunda que hasta el aire que respira le parece un regalo excesivo.

No es inusual que quienes hayan intentado suicidarse manifiesten una profunda creencia de no merecer la vida, considerándose un estorbo y percibiendo su presencia como una carga para los demás y para sí mismos, pero ¿qué ha llevado al sujeto a convertirse en su peor enemigo? Freud (2017a) explica que, en realidad, todo lo denigrante que el sujeto expresa sobre sí mismo, en el fondo, es lo que dicen de otro;

los autorreproches son reproches contra un objeto de amor, que desde éste han rebotado sobre el yo propio. De esta forma, el sujeto puede tratarse a sí mismo como objeto, y el sadismo queda libre para ser descargado con toda potencia, lo cual, como se señaló anteriormente, pone de manifiesto la propensión al suicidio en la melancolía. La intención del suicida va más allá de poner fin a su propio sufrimiento; también busca poner fin al otro que lo decepcionó. Ahora bien, ¿queda algún resto de ese sujeto que busca poner un punto final? Al tomar en cuenta que el sujeto se halla oprimido por la sombra del objeto, ¿la pretensión es matarse o, más bien, matar al objeto que lo oprime?, ¿es un suicida o un homicida?, ¿qué busca realmente con su autodestrucción?

Estas preguntas conducen a interrogar por la concepción misma de la muerte que tiene el ser humano, que variará significativamente según los contextos culturales, religiosos, individuales y sociales. En algunas culturas la muerte se percibe como una transición hacia una nueva vida o un estado espiritual, mientras que en otras se asocia directamente con el fin del sufrimiento y la liberación del cuerpo físico. Las creencias religiosas juegan un papel significativo al influir en la interpretación de la muerte como un paso hacia la eternidad, la reencarnación o una reunión con seres divinos. Sin embargo, desde el psicoanálisis se plantea que la muerte carece de representación; Freud en "De guerra y muerte" (2017b) sostiene que no hay inscripción en el aparato psíquico de la propia muerte, y que el inconsciente alberga la ilusión de la inmortalidad. Hay algo de la propia muerte que nunca es propia, por eso Freud (2017b) dice que cuando intentamos concebir nuestra muerte, siempre sobrevivimos como observadores. Entonces ¿cómo interpretar la expresión de alguien que declara querer morir, si la representación de la propia muerte resulta inasible? Esta paradoja presenta un desafío significativo al intentar abordar las declaraciones que sugieren una atracción hacia la muerte.

Plantear interrogantes profundos sobre la muerte propia, abre paso a la consideración de otra dimensión fundamental: su muerte por mano propia. ¿Qué concepción de suicidio porta el psicoanálisis? La perspectiva freudiana marcó un quiebre radical con las concepciones previas, donde el suicidio no solo era visto como un acto moralmente condenable y pecaminoso – para el cristianismo solo Dios puede dar y quitar la vida a su debido tiempo– sino que las explicaciones se centraban mayormente en su faceta dolorosa. La revelación de Freud (2017a) en “Duelo y melancolía” sobre la satisfacción sádica presente en el acoso del superyó hacia el objeto que oprime al yo, es decir, el supuesto placer adosado a la insistencia del sujeto en retratarse como el ser más despreciable del mundo, marcó un giro único en las

narrativas convencionales sobre el suicidio, lo que Vargas Castro (2020) identifica como la “subversión freudiana del suicidio” (p.59). Las indagaciones de Freud introdujeron una perspectiva más profunda y compleja, buscando comprender las motivaciones inconscientes detrás del comportamiento suicida, alejándose de las explicaciones simplistas y morales predominantes hasta ese momento. Además, Freud menciona

explícitamente el valor erótico presente en el suicidio en "El problema económico del

8

masoquismo", afirmando que "ni aún la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa" (2014, p. 176)

Este cambio paradigmático se enfatiza aún más al considerar la introducción de la noción de pulsión de muerte tras la reformulación de la teoría pulsional de Freud en su obra “Más allá del principio del placer”. Tal introducción encontró resistencias, incluso en colegas analistas. Freud (2003b) señala que desacreditar esta pulsión era una

resistencia evidente por parte de algunos, ya que la idea de la pulsión de muerte entra en conflicto con convenciones sociales y premisas religiosas que conceptualizan la naturaleza humana como inherentemente buena.

En 1920 Freud (2013b) introduce la idea de un ‘más allá’ que contradice el principio de placer, el cual dictaba que el aparato psíquico evita cualquier forma de displacer; al mismo tiempo, propone la noción de pulsión de muerte como una fuerza opuesta a las pulsiones de vida. Ambas pulsiones se encuentran entrelazadas en diversas proporciones, y esta mezcla es esencial para dominar la pulsión de muerte. Mientras que Eros, representando las pulsiones de vida de manera ruidosa, busca la síntesis y persigue la preservación de la vida, en este nuevo enfoque el principio fundamental del funcionamiento psíquico busca principalmente reducir la tensión y queda subordinado a la pulsión de muerte, Thanatos, que de manera silenciosa y bajo la marca de lo demoníaco impulsa a los organismos a la destrucción, la disolución de lo vivo. Esto lleva a Freud (2013b) a afirmar que “*La meta de toda vida es la muerte*” (p.38).

Una pregunta esencial a considerar es ¿de qué manera la concepción de la pulsión de muerte aporta al tratamiento de sujetos con tendencias suicidas? Esta noción no es una especulación filosófica distante de la experiencia analítica, sino que resulta esencial para la práctica clínica, por ejemplo Hector Gallo (2021) afirma que quienes nunca hablan del suicidio “suelen ser los más decididos, por estar gobernados por el silencio de la pulsión de muerte” (p.206). Reconocer la existencia de la pulsión de muerte amplía la comprensión de las motivaciones y conflictos inconscientes, los impulsos autodestructivos y los fenómenos agresivos. En este sentido, parecería que con la pulsión de muerte Freud logra responder, en parte, el enigma inicial sobre cómo se llega a superar la poderosísima pulsión de vivir.

¿Por qué 'en parte'? pues bien, si cada ser viviente tiende al nirvana, si no existe al menos uno que no sea alcanzado por la pulsión de muerte, cualquier sujeto podría optar por el suicidio teóricamente, pero, ¿se cumple de manera tan directa en la realidad?

No es raro encontrar personas que expresen el anhelo de quitarse la vida; de hecho, es más bien difícil hallar a alguien que nunca haya experimentado ni vaya a experimentar pensamientos autodestructivos o impulsos suicidas en algún momento de su vida. Incluso Freud, mucho antes de postular la pulsión de muerte, en 1901 con *Psicopatología de la vida cotidiana* (2013c), menciona que la tendencia hacia la autoaniquilación se manifiesta de diferentes maneras, y que así como hay suicidios que son consecuencia de una "acción deliberada y consciente", también existe una "autoaniquilación semideliberada -con propósito inconsciente- que sabe explotar hábilmente un riesgo mortal y enmascararlo como azaroso infortunio" (p. 177). De esta manera, muchos daños aparentemente casuales pueden ser lesiones que uno mismo se inflige.

¿Acaso la compulsión a consumir drogas o alcohol no es la expresión de una autodestrucción?, ¿y qué hay de la compulsión a comer o a no comer?, ¿y exponerse al exceso de velocidad o a deportes extremos? Así, se invita a reflexionar sobre diversas manifestaciones que podrían interpretarse como la predisposición a una autoaniquilación, o lo que Freud (2003c) nombrará como suicidios indirectos. Esta perspectiva interpela la tendencia habitual de asociar al suicidio con la expresión de libertad o con la voluntad yoica de la persona, ya que los procesos inconscientes no están ausentes en su accionar; como el psicoanálisis advierte: "*el yo no es el amo en su propia casa*" (Freud, 2003d, p.135).

9

De acuerdo a lo mencionado, la inquietud acerca de disponer de la propia muerte es un asunto intrínseco al ser humano. El suicidio es transclínico, no es propio de una estructura clínica en particular (Gallo, 2021); esto mismo se ve reflejado en la casuística freudiana: desde la carta de suicidio que Dora le dejó a sus padres; los impulsos suicidas de Paul cuando se le impuso el mandamiento/castigo de cortarse el cuello con una navaja y de arrojarlo desde arriba de la montaña; Schreber pidiendo el cianuro que le estaba destinado, junto con sus reiterados intentos de ahogarse en la bañera; hasta el intento de suicidio que Freud (2013d) juzga de 'serio' en el caso de la joven homosexual.

Fantasías de suicidio, ideas, chistes, impulsos, amenazas, intentos... son diversas las expresiones que se pueden hallar, pero la diferencia entre ellas cobra una relevancia clínica considerable, ya que determina si se cruza –o no– el umbral de la mera contemplación de la propia muerte hacia el propósito 'serio' o la consumación efectiva del hecho. En este sentido, la distinción de estatutos del suicidio por parte de Lacan se revela como un valioso aporte para la clínica, aspecto que será abordado con mayor profundidad más adelante en el ensayo.

En suma, la pulsión de muerte presente en los sujetos hace que la posibilidad del suicidio se lleve en el bolsillo; sin embargo, hay quienes expresan el deseo de desenfundar, pero no lo hacen: ¿pueden hacerlo, pero no quieren? ¿quieren hacerlo, pero no pueden? Resulta intrigante que muchas personas pasen toda su vida diciendo que se quieren matar, incluso haciendo de su vida una miseria, y aun así no se matan. ¿Qué explica que algunos sí crucen ese umbral, desenfunden, y otros no?

Es interesante retomar la provocadora afirmación de Lacan que se mencionó en la introducción de este ensayo, "no se vuelve loco quien quiere" (p. 174), porque también es una perspectiva que desgarrar la noción de la voluntad, y en este contexto se podría reescribir: 'no se suicida quien quiere'.

No se suicida quien quiere, sino quien puede. ¿Quien puede qué?, de más está decir que 'puede' no concierne a la voluntad yoica, sino a una condición subjetiva. Siguiendo a Freud podría decirse que se suicida quien puede tomarse a sí mismo como objeto, o dar lugar a la desmezcla pulsional, triunfo de Thanatos sobre Eros. ¿Y siguiendo a Lacan?, ¿quién puede suicidarse?

Desarrollo conceptual del suicidio en Lacan

Para profundizar en la indagación sobre el posicionamiento subjetivo de quienes eligen el camino del suicidio, en este apartado se examinarán algunos lineamientos conceptuales sobre este fenómeno según la perspectiva de Lacan. Para ello habrá que comenzar por considerar sus planteos respecto de la constitución subjetiva.

Según Lacan, el sujeto se constituye en el campo del Otro y lo explica de diversas maneras. De sus postulados se desprende que el cachorro humano porta una indefensión tal al nacer que lo hace depender radicalmente de un Otro; por entrar en la estructura del lenguaje –porque el origen del hombre tiene que ver con el lenguaje– sus necesidades son desviadas y quedan sujetas a la demanda del Otro, que ordena y codifica, y retornan a él alienadas. Por eso está a merced del Otro, “su mensaje es emitido desde el lugar del Otro” (Lacan, 2009b, p.657), ¿y quién es ese Otro? el Otro materno. No es la persona, sino la función materna, elevada al lugar de Otro primordial que cuenta con el privilegio de satisfacer necesidades.

Al ser deseado por la madre, pues ocupa el lugar de falo imaginario, el niño cuenta con un elemento subjetivo de protección, dado que ella en primera instancia es omnipotente. Luego operaría la metáfora paterna, que regula ese deseo voraz, y se produciría el efecto sujeto. (Lacan, 2007)

Esto implica que, en la constitución de la subjetividad, un aspecto indispensable es ser deseado por un Otro. Pero, ¿qué ocurre si al ser arrojado a la existencia no se encuentra un deseo materno en el cual alojarse? ¿Qué amparo posible hay frente a la indefensión del *infans* si no hay un Otro que responda?

10

En el seminario 5, “Las formaciones del inconsciente”, Lacan (2007) afirma que en los sujetos caracterizados por haber sido niños no deseados se presentifica una tendencia irresistible al suicidio: “(...) rehúsan cada vez más entrar en el juego. Quieren literalmente salir de él. No aceptan ser lo que son, no quieren saber nada de esa cadena significativa en la que solo a disgusto fueron admitidos por su madre” (p.253)

Antes del suicidio habría entonces una muerte simbólica, la persona quiere cortar sus lazos con el mundo, se oscurece el juego de la vida y pretende salir de la cadena significativa, anularla. La ausencia de soporte simbólico conduciría al desamparo, la desolación.

Sin un Otro que desee, aloje y le otorgue sentido a la propia vida, son mayores las posibilidades de experimentar la sensación de que el mundo es un lugar lo suficientemente hostil como para que se convierta en invivible, con las puertas cerradas, que la existencia carezca de sentido y no valga la pena continuar.

Además de sus reflexiones iniciales sobre la constitución subjetiva y cómo puede influir en la comprensión del suicidio, Lacan profundizó y modificó sus teorizaciones a lo largo de los años. Tal es el caso del seminario 10 “La angustia” (2020), allí avanza en su conceptualización sobre la constitución subjetiva de manera novedosa –con la invención del objeto *a*–, y fusiona conceptos e ideas previamente desarrollados en seminarios anteriores. Continúa sosteniendo que el sujeto se

constituye en el campo del Otro, pero dicha constitución no se reduce a la dimensión simbólica.

Ese Otro está atravesado por una falta, tiene un punto de enigma, no le dice al sujeto qué objeto es, como la mantis religiosa. Por eso el 'Che Vuoi?' es una pregunta bisagra entre los dos pisos del grafo del deseo, es lo que regresa del Otro, dando cuenta que antes hubo una pregunta del sujeto dirigida al Otro respecto de su deseo, y el Otro responde con una carencia. Lacan barra al Otro (\bar{A}), si el Otro no estuviera atravesado por una falta, no hubiera preguntado '¿qué quieres?', sino que daba una respuesta plena, sin lugar a la interpretación. (Faccendini, 2016)

Eso provoca angustia; pero a la vez, constituye, porque gracias a ese punto de indeterminación, gracias a que no hay Otro del Otro, gracias a ese resto del Otro, el sujeto se constituye como sujeto dividido, que desea en tanto lo atraviesa una falta, un vacío, el objeto *a*.

La constitución subjetiva deja un residuo, un resto ineliminable que se convierte en esencial para el sujeto, porque es un vacío que constantemente lo motoriza a enfrentarse a él. Desde esta perspectiva, se sugiere que las manifestaciones subjetivas –entre ellas, el suicidio– se explicarían como una respuesta del sujeto ante ese vacío.

El enigma que representa el deseo del Otro, el sujeto lo va intentar leer fantasmáticamente, es decir, el fantasma le permite construir una posición al sujeto en relación al deseo del Otro y velar esa indeterminación. Taponar el vacío, pero a la vez sostener el deseo. Lacan (2020) sostiene que el fantasma está enmarcado por el deseo del Otro, y, como el cuadro de René Magritte en el marco de la ventana, sea cual sea el encanto de lo que esté pintado en la tela, de lo que se trata es de no ver lo que se ve por la ventana, manteniendo cierta distancia. Eso que se ve por la ventana guarda relación con lo incalculable, con lo real.

En este sentido, la realidad –que no debe confundirse con lo real en Lacan– será ese lienzo en el cual el sujeto, en función de su posicionamiento erótico frente a los restos del Otro, proyectará su propio fantasma y le otorgará un sentido al mundo que lo rodea. No existe una realidad objetiva *per se*, sino que la realidad se construye a través de una interpretación subjetiva. Por eso, recordarle a alguien que quiere decirle adiós a la vida lo afortunado que en verdad es, minimizar su situación en comparación con sufrimientos ajenos, o resaltar la belleza de la vida, resulta completamente infructuoso.

Para Lacan (2020) el mundo tal y como es no existe hasta que no se sube a la escena, la escena del discurso. El objeto *a*, para ser leído, tiene que ser puesto en relación a una escena. La historia es una escena, el fantasma es una escena, la vida misma del sujeto podría concebirse como una escena, una compleja ficción donde se

11

produce el anudamiento de real, simbólico e imaginario y se montan diferentes escenarios.

Pero en esa escena se pueden producir diferentes accidentes, puede ocurrir que el velo del fantasma se rompa, dejando al desnudo algo de lo real; o que haya un resto que no pase a la escena y el sujeto intente en un nivel redoblado representarlo: la escena sobre la escena.

Al respecto, Lacan (2020) va a introducir acontecimientos clínicos que bordean la angustia y que permiten mostrar la relación entre el objeto *a*, la escena y el marco de la escena que es el deseo del Otro. Estos acontecimientos también permiten inaugurar la diferenciación de estatutos del suicidio: suicidio como *acting out*, suicidio como pasaje al acto, ¿y el suicidio como acto?

Lacan (2020) afirma que "todo lo que es *acting out* debe oponerse al pasaje al

acto” (p.135), pero en ambos casos la palabra es reemplazada por la acción, y un *acting out* puede desembocar en un pasaje al acto. Eso mismo lo pone de manifiesto el autor cuando retoma el caso trabajado por Freud en 1920, titulado “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (2013d). Se trata de una joven de 18 años -la joven homosexual- que se enamora de la *cocotte*, una mujer 10 años mayor y de dudosa reputación. Lacan (2020) sitúa que allí se puede identificar tanto el *acting out* como el pasaje al acto. La joven arma toda la escena destinada al padre, se paseaba con la *cocotte* a plena luz del día y por lugares donde sabía que el padre estaba cerca, que la gente iba a murmurar y que el padre se enteraría. Se trataba de un *acting*, su relación con la *cocotte* era un mensaje dirigido al padre, mostrarle que puede ser amada por lo que no tiene. Sin embargo, ella se pasea con la *cocotte* pero a condición de que el padre no la vea, porque cuando él la ve, aparece su mirada aborreciéndola y se produce el pasaje al acto. Ella queda identificada al objeto, es el momento máximo de embarazo porque no tiene detrás de qué esconderse, la *cocotte* se entera de la situación y la deja porque no quiere problemas. Así, se le desarma la escena y la joven se lanza a las vías del tren.

Dicho esto, ¿de qué manera Lacan opone ambas manifestaciones que presuntamente permiten diferenciar estatutos de suicidio?

En el *acting out* el sujeto monta el objeto a la escena porque es ignorado por el Otro. Se arma una escena sobre la escena, sosteniendo el objeto sin dejarlo caer. Y si se arma la escena, es porque hay espectador: el *acting out* se dirige al Otro, es una mostración al Otro; sin embargo es una mostración velada, se muestra distinto de lo que es. El objeto que se monta a la escena es el *a*, pero si aparece en escena ya no es el *a*

– el objeto *a* es un objeto de desaparición permanente, imposible de simbolizar y de imaginarizar (Lacan, 2020). Por eso, al suicidio como *acting out* no se lo liga a la auténtica intención de morir del sujeto, porque el sujeto no buscaría morir, sino enviar un mensaje e interrogar al Otro, se ubica del lado de la demanda, un pedido al Otro; se sube el suicidio a la escena en la búsqueda de una mostración, de un sentido, está dentro de la cadena significante.

Y por otro lado se ubica el pasaje al acto, un término que estaba ligado a la psicosis, pero Lacan hace del pasaje al acto algo transestructural –como el suicidio– lo saca de lo patológico y lo introduce en el campo de lo que sería posible en todo sujeto, algo que años después también hará con la locura. Tiene que ver con la caída, el *niederkommen*, “(...) esencial en toda súbita puesta en relación del sujeto con lo que él es como *a*. No sin razón el sujeto melancólico tiene tal propensión, siempre llevada a cabo con una rapidez fulgurante, desconcertante, a arrojar por la ventana” (Lacan, 2020, p.123). Recuperando los términos freudianos, el melancólico se toma a sí mismo como objeto. Lacan menciona una identificación absoluta del sujeto con el *a* como resto, y así el sujeto se deja caer, se evade de la escena. ¿Por qué? porque algo en la escena, el cuadro que está sobre el marco de la ventana, se rompe, y la escena sin velo no se tolera. El pasaje al acto supone un atravesamiento salvaje y radical del fantasma, ya no habría en el Otro un lugar para alojar al sujeto; y el sujeto, sumido en el mayor desamparo, tiene que dejarse caer porque el mundo de lo real es inhabitable. Si no hay

12

un Otro que responda, se genera un espacio de silencio donde el suicidio encuentra su lugar predilecto. Por eso, en el pasaje al acto, el suicidio es tomado como paradigma, el sujeto se precipita y bascula fuera de la escena, eso lo arrasa y pierde todo sentido que lo anuda a la vida.

Sin embargo, es importante mencionar que no todo pasaje al acto es un suicidio, ni todo suicidio un pasaje al acto. No se trata del hecho en sí, sino de leer las

coordenadas; puede haber un *acting out* que implique un hecho grave y un pasaje al acto que no lo sea. Con esta afirmación se pretende abandonar supuestos que consideran que el *acting out* no puede culminar en un suicidio, pues en la literatura analítica “se arrincona al *acting* contra el artificio de su teatralidad” (Jenkins, 1986, p. 7), se trataría de ‘puro teatro’ ‘meras amenazas’ ‘intentos de manipulación’ ‘llamados de atención’. Es cierto que se trata de un llamado, un llamado al Otro, pero ese Otro puede a veces no encontrarse, el cálculo de la escena puede fallar y lo que resultaba ser un mensaje, culminar en fatalidad.

Entonces, el suicidio consumado exitosamente no excluye la posibilidad del *acting*, ni tampoco el fracaso pone en cuestión la autenticidad subjetiva del intento. Retornando a la pregunta sobre quién puede —estructuralmente hablando— suicidarse según Lacan, en función de lo mencionado hasta el momento podría decirse que se suicida aquel a quien le falló el cálculo en su mostración escénica o aquel que alcanza una desintrincación de lo fantasmático y puede ‘lanzarse por la ventana’. Si esto no acontece en cualquier sujeto es por la misma razón por la que no todos son psicóticos y escuchan voces a pesar de ser hablados por el Otro (Lacan, 2021). No se suicida quien quiere porque el fantasma pone un freno; pero el sujeto al que se le desmorona el fantasma que armó para soportar la vida quiere salir de la cadena significativa, arrojarse de la escena.

De lo expuesto con anterioridad se desprende que para diferenciar los estatutos de suicidio, la pregunta que habría que hacer no sería ¿suicidio consumado o no consumado?, sino, ¿suicidio dentro o fuera de la escena? dado que Lacan (2020), al desarrollar pasaje al acto y *acting out*, señala una diferencia crucial entre ambos estatutos en su relación con la escena: dentro de la escena el suicidio como *acting out*, fuera de la escena el suicidio como pasaje al acto.

Aunque la premisa de este ensayo va a desterrar también esa segunda pregunta, ¿suicidio dentro o fuera de la escena?, al afirmar que todo suicidio consumado es un suicidio fuera de la escena. Como ya se mencionó, hay suicidios que se generan como *acting out*, otros como pasaje al acto, y la manera de diferenciarlos sería la relación del sujeto con la escena. Sin embargo, sea el estatuto que sea, si se trata de un suicidio consumado, siempre es fuera de la escena. A lo mejor en su *acting* la persona prendió el gas, dejó la puerta abierta porque sabe que el Otro va a venir, pero el Otro no llega a tiempo: le fallo el cálculo y se mató. Matarse la deja por fuera de la escena, ya no podría ser testigo de cómo el Otro recepcionó tal mostración; como planteó el escritor Édouard

Levé: “Aunque tu suicidio fue el discurso más importante de tu vida, no recogerás sus frutos” (2010, p.12). Entonces, ¿habría que decir que hay *actings* que son fuera de la escena? ¿o que todo suicidio consumado, como es fuera de la escena, se convierte en un pasaje al acto?

Ciertamente, la distinción dentro/fuera de la escena se vuelve inocua cuando se enfrenta un suicidio consumado. Esto implica que allí, la clasificación que permitía diferenciar los estatutos de suicidio, no alcanza. Una vez más, la bendita y luminosa clasificación que revela el Saber, demuestra su impotencia. Las clavijitas no entran en los agujeritos, el suicidio consumado no entra en los estatutos. Quizás por eso angustia tanto.

Sin embargo, tal como plantea Vargas Castro (2020), “no diferenciar los estatutos del suicidio es tan impertinente como no diferenciar entre una huelga de hambre y una anorexia” (p.180). Diferenciar estatutos no se trata de un *furor clasificandis*, sino, de leer la relación del sujeto al Otro, a los restos del Otro, al *a*, y qué posición toma; porque la clínica psicoanalítica es una práctica de lectura de la posición

(Colovini, 2015, s/p.). La ejecución de una práctica requiere del respaldo teórico conceptual que la orienta y la sustenta.

Entonces, si la diferenciación de estatutos es conveniente, y si se tiene en cuenta que *acting out* y pasaje al acto “forman parte de la lógica que estructura al acto, pero no se confunden con él” (Giani, 2011, p. 26), hay una pregunta que quedó en el tintero y que resulta pertinente retomar: ¿qué se puede decir del suicidio como acto?

La multicitada frase presente en Radiofonía y Televisión, “el suicidio es el único acto que tiene éxito sin fracaso” (Lacan, 1977, s/p), confirma la posibilidad de reflexionar sobre otro estatuto para el suicidio. No obstante, es relevante señalar que ésta no es la única referencia disponible al respecto.

Hay diferentes momentos en los cuales Lacan hace alusión al suicidio como acto, por ejemplo en “Función y campo de la palabra” (2009c) menciona al suicidio de Empédocles, quien “(...) precipitándose al Etna deja para siempre presente en la memoria de los hombres ese acto simbólico de su ser-para-la-muerte” (p.307).

Otra referencia se encuentra en su seminario 11, donde aborda de manera más directa el tema: “(...) Fijemos la mirada, por ejemplo, en ese acto sin ambigüedades, el acto de abrirse el vientre en ciertas condiciones -no digan harakiri, se llama *seppuku*” (Lacan, 2001a, p.58). El *harakiri* está enmarcado en el ceremonial llamado *seppuku* que

consistía en el suicidio a partir de abrirse uno mismo con una daga las entrañas, asidero de los afectos y el alma. El samurái efectuaba el *seppuku*, y era una “(...) muerte voluntaria, noble y honrada” (Pinguet, 2016, p. 199).

Pero, ¿qué quiere decir Lacan cuando se refiere al acto? Si Empédocles se arroja al volcán como la joven se arroja a las vías del tren, ¿por qué no sería un pasaje al acto?; si en el ritual *seppuku* hay una escena montada, ¿por qué no sería un *acting*?

Para abordar la primera pregunta, una noción de acto puede situarse en el seminario 10 “La angustia”: “actuar es arrancarle a la angustia su certeza” (2020, p.88), allí Lacan ubica al acto como un corte en el incesante devenir de la cadena simbólica, que tiene como efecto un sujeto y un resto que es el *a*; el acto pone en juego un nuevo deseo, un inicio, y por ende un nuevo sujeto. Sin embargo, se considera que el concepto de acto en Lacan es construido tardíamente y se sitúa en sus seminarios 14 “La lógica del fantasma” y 15 “El acto psicoanalítico”.

Vargas Castro (2020), después de realizar un vasto análisis de la noción de acto en la obra de Lacan, presenta una definición que se tomará como referencia por su exhaustividad y claridad:

“(…) es el paso certero e impredecible de un significante desde el registro simbólico al real que se separa del Otro, indicando el lugar del deseo en el intervalo de la cadena significativa y del cual, motorizado por la angustia y en tanto objeto, el sujeto renace diferente como efecto del corte en la estructura vía la repetición.” (2020, p.111)

Tras estas puntualizaciones se podría aventurar una respuesta para el interrogante de por qué el suicidio de Empédocles y el *seppuku* consistirían un acto y no un *acting* ni un pasaje al acto. En ambos casos se trataría del suicidio como deliberación, una autorización sin el Otro que legisla, que no implica sin el Otro, sino sin la garantía del Otro, porque ese Otro está atravesado por la castración. El samurái, en su mostración ritualística, no se abre el vientre para interrogar al Otro ni como una salida

precipitada y forzosa del mundo tras quedar identificado al objeto resto, sino que su suicidio involucra la decisión de morir dignamente antes que vivir sin honor. Es por eso que al acto se lo puede ubicar “entre el *acting out* y el pasaje al acto”, porque comparte con el *acting* la “dirección al Otro, pero como Otro barrado y no de la garantía” y con el pasaje al acto la “destitución subjetiva, pero como objeto causa y no

como desecho” (Vargas Castro, 2020, p.111).

Otro ejemplo que se puede brindar para situar el suicidio como acto es el estoicismo. Para los estoicos el suicidio era considerado una forma más de morir,

14

porque el hombre tiene la libertad de decidir sobre su vida, pero con sabiduría. En la disertación de 1974 “La tercera”, Lacan hace mención a la escuela estoica y en cierto punto les agradece porque dice que es por ellos: “(...) el respeto que le tengo al suicidio. Desde luego, no a suicidios basados en una bobería, sino esa forma de suicidio que es el acto propiamente dicho. No hay que malograrlo, por supuesto. Si se malogra no es un acto” (2001b, p. 86).

¿Qué querrá decir Lacan con bobería?, ¿se refiere a los otros estatutos?, ¿se refiere a los suicidios no consumados, fallidos?, ¿se refiere a las causas detonantes que se le suponen?, ¿qué o quién determina que se trata de una bobería? Aquí se fundamenta desde el psicoanálisis, no espere el lector una respuesta, pues, “¿cómo saber qué razones son dignas para darse muerte? ¿Nos regimos, como psicoanalistas, por el principio de realidad? (...) una vez muerto, ¿hay bobería?” (Jiménez Betancourt y García Valdez, 2021, p. 13)

Por último y volviendo al punto de la discusión, ¿qué implica pensar el acto como otro estatuto posible para el suicidio? Leer el suicidio en virtud de las coordenadas del acto implica una auténtica despatologización. ¿En qué sentido? Pues, tanto en el *acting out* como en el pasaje al acto, el suicidio guarda relación con el desencadenante de una desesperación, de un error de cálculos, de actuar sin pensar, de la locura, o –siguiendo significantes de la época– de la depresión, de la ansiedad. En cambio, como el acto en Lacan se caracteriza por responder a una temporalidad lógica, es decir que se conjuga el instante de ver, el tiempo de comprender y el momento de concluir (2009d), el suicidio bajo el estatuto del acto implicaría que no se trata de la precipitación y basculación fuera de la escena excluyendo el tiempo de comprender, ni tampoco de un instante de -dar a ver al Otro. Se trataría de la construcción de una elección, lo cual no implica decir que es consciente y que acciona en función de la voluntad yoica, pero tampoco está pasivamente a merced un destino oscuro, sino que es responsable de su acto y sus consecuencias.

Aunque, por lo general, el estatuto de acto es olvidado –o su equivalente, reprimido– de las consideraciones analíticas. ¿Será por la complejidad y las paradojas inherentes a la noción de acto en Lacan?, ¿será porque es un acto únicamente reservado para los estoicos y samuráis?, ¿o tal vez será un intento de no querer saber nada con la posibilidad de que en el sujeto albergue un deseo de muerte que no retrocede?, ¿será que eso angustia a los analistas?

El quehacer del analista y su ética ante el suicidio

Cuando alguien acude a un analista porque ya no quiere vivir, porque su vida perdió sentido y se le vuelve insostenible, es una situación de urgencia. ¿Qué es la urgencia? Urgencia hace alusión a algo que requiere atención o acción inmediata, es un término que viene de la medicina, ante la cual se aplican protocolos para proteger del riesgo de muerte: lo mismo para todos.

No obstante, la urgencia desde el psicoanálisis conlleva otra definición. “Decía Lacan en una noche en el Hospital Ste. Anne: ‘La urgencia es lo imposible de soportar para un sujeto al que ya nada divierte’” (Leguil, 1989, p.26). La sombra del objeto que aplasta al sujeto, es una situación de urgencia. El más allá del principio de placer que impulsa al sujeto a la destrucción, es una situación de urgencia. El fantasma desarmado que deja al sujeto sin referencias y abolido respecto al real que lo arrasa,

es una situación de urgencia. Esa cadena significativa que se rompió y de la cual el sujeto quiere salirse, es una situación de urgencia. Esta sería la posición del sujeto en la urgencia, pero ¿cuál es la posición del analista frente a la urgencia?, ¿se trata de aplicar protocolos para proteger de la muerte?

En primer lugar, posicionarse desde el discurso analítico excluye la lógica del 'para todos'. No hay protocolos, no hay pasos a seguir ni ninguna receta. ¿Por qué? porque "no hay análisis sino de lo particular" (Lacan, 1973, p.11) y a la urgencia hay que subjetivarla. ¿Se subjetiva evaluando, estandarizando, etiquetando al sujeto y

15

convirtiendo su intento de suicidio en cifra? Ciertamente no, la clínica psicoanalítica no es la clínica médica, no es la clínica de la mirada, la clínica psicoanalítica es lo que se dice en un análisis (Lacan, 1981), es una clínica de la escucha.

Entonces ¿de qué manera subjetivar la urgencia? Propiciando un decir mediante esa escucha del analista, haciendo posible la instauración de la relación transferencial, para que esa urgencia se transforme en un llamado y que el analista acuda al lugar de ese Otro que sí lo reconoce como sujeto.

La urgencia deja al sujeto en un momento precipitado de comprender y el analista intentará instaurar allí un tiempo de elaboración. Subjetivar la urgencia implica invitar a que el sujeto elabore un relato y arme su propia historia, ya no como objeto pasivo sino como protagonista; el analista acompaña al sujeto en esa invención, mediante la invitación de ligar significantes que le permitan ir bordeando lo real y que "(...) el objeto de las más sofisticadas fantasías suicidas caiga de otra manera que lanzándose de un puente: '—Hoy me dispararé con la pistola de mi padre —¿Por qué con la de su padre precisamente?' " (Jiménez Betancourt y García Valdez, 2021, p.6).

Subjetivar implica necesariamente una pregunta por la posición, cuando se hace hincapié en escuchar no se trata meramente de oír, escuchar es leer, porque la clínica es una práctica de lectura. Subjetivar es que el analista lea cómo se posiciona el sujeto en la trama de su historia, qué lugar ocupa. Por eso, como ya se ha mencionado, la diferenciación de los estatutos del suicidio consiste en una lectura de la posición del sujeto. Cabe aclarar que el estatuto no ha de anticiparse a la lectura, pues en ese caso no habría diferencia alguna con las etiquetas que el psicoanálisis tanto cuestiona; más bien el estatuto surge como efecto, producto de un recorrido de lectura de la posición del sujeto que permita sustentarlo.

En muchas ocasiones aparece el fantasma de la culpa o del fracaso como analistas tras el suicidio de un paciente, sin embargo no se trata de culpabilidad sino de responsabilidad. Porque "ser psicoanalista es estar en una posición responsable, la más responsable de todas, en tanto él es aquel a quien es confiada la operación, de una conversión ética radical, aquella que introduce al sujeto en el orden del deseo" (Lacan, 2009e, p. 300).

El analista está ahí, no con su saber, sino con su deseo, propiciando la palabra y ofreciendo un espacio para alojar transferencialmente a ese sujeto que sufre. No por nada Lacan divide las aguas con la psicología y bautiza la praxis del psicoanálisis como una erotología (Lacan, 2020). Se trata del deseo.

El analista no dirige al paciente, pero sí dirige la cura (Lacan, 2009f), y la cura psicoanalítica no tiene nada que ver con protocolos ni con psicofármacos. La cura en psicoanálisis es la cura por la palabra. ¿Qué se entiende por cura?, ¿que el sujeto alcance el ideal de felicidad que de una vez por todas lo aleja de la muerte?, ¿que finalmente sea un fiel amante de la vida y esté blindado ante el suicidio? El propósito del análisis consiste en la búsqueda de la verdad, que no es la realidad sino aquello que se trama en la red simbólica; y la verdad no es siempre benéfica, "(...) habría que estar mal para creérselo, puesto que todo demuestra lo contrario" (Lacan, 2008, p.112).

Entonces, el análisis no consiste en ninguna solución feliz, en tanto no es esencialmente un proceso terapéutico, ni el analista es aquel que '*couchea*' al sujeto respecto de cómo vivir Bien. El análisis, más bien, consiste en que el analizante logre duelar aquello que fue o que no fue para el Otro, para así alcanzar un cambio en su posición subjetiva. El análisis consiste en que el analizante pueda transformar su miseria neurótica en el infortunio corriente dirá Freud (1992), que pueda identificarse al síntoma y hacer un *sinthome* dirá Lacan (2021), domesticar, manipular ese malestar y alcanzar un saber hacer respecto de su sufrimiento.

Por último, es posible afirmar que la ética del analista no consiste en rescatar la vida de la persona, sino en rescatar al sujeto, es una ética de lo singular. El analista pretende ubicar lo que la urgencia dice de ese sujeto. Esto quiere decir que el analista no es ningún salvador, su labor no es la misma que la del bombero, ni que la del psiquiatra, ni que la del psicólogo. La ética del analista no tiene nada que ver con la

16

moral, no se trata de convencer a nadie de lo maravillosa que es la vida. Más bien, el analista ha de maniobrar para que el analizante salga del actuar, para que se ligue a la cadena significativa y se ligue al deseo, en la medida de lo posible. Pues, a pesar de todos los recaudos por parte del analista, la posibilidad de suicidio jamás estará excluida. Siempre hay un irreductible que hace que éste no cese de existir.

Reflexiones finales

*. “(...) la lógica de la muerte no admite los motivos del ‘para qué’ ni del ‘por qué’.
Esa lógica, a su vez, sustituye el motivo por una tautología:*

Ha llegado el momento de concluir este ensayo, no sin antes haber tomado un instante para mirar la problemática del suicidio y un tiempo para comprender el recorrido teórico.

El lector ha sido instado, no solo a contemplar, sino a sumergirse en las profundas olas silenciosas, temerosas, horrorosas, cautivantes y esperanzadoras del suicidio.

Se ha reconocido al suicidio como un problema inherentemente humano, examinando cómo fue y es abordado por la sociedad y qué inquietudes provoca. Además, en tanto el suicidio está inmerso en el devenir social, se ha señalado la contradicción inherente al discurso capitalista que revela la vulnerabilidad y fragilidad del sujeto contemporáneo, atrapado en el ‘sálvese quien pueda’ y en un ciclo perpetuo de búsqueda insaciable de satisfacción.

Se optó por el discurso psicoanalítico para desafiar el silencio que envuelve la belleza horrenda del suicidio en un tabú, tomando como eje las conceptualizaciones de Freud y Lacan para interrogar el posicionamiento subjetivo y así evitar caer en generalizaciones, estigmatizaciones, patologizaciones o en *furores curandis*.

A pesar de que Freud no le ha dedicado un escrito específico al suicidio, se ha demostrado que es una problemática que recorre toda su obra. Tratando de hallar explicaciones para la pregunta por la superación de la poderosísima pulsión de vivir, encuentra en la metapsicología de la melancolía la revelación de cómo el Yo es aplastado por la sombra del objeto. Ésta lo asfixia de modo tal hasta conducirlo al suicidio, generando dudas respecto de sí, en el fondo, se trataría más bien de un asesinato al objeto introyectado.

La distinción entre suicidios directos e indirectos, así como la consideración de diversas manifestaciones de autoaniquilación, plantearon preguntas fundamentales sobre la concepción de la muerte y la tendencia humana hacia la autodestrucción. Sin embargo, el valor erótico que señala Freud en el suicidio representa un verdadero quiebre paradigmático, que se profundiza aún más con la introducción de la noción de pulsión de muerte; concepto que amplía la comprensión de las motivaciones inconscientes detrás del comportamiento suicida.

La noción de pulsión de muerte hace que se lleve la posibilidad de suicidio en el bolsillo. Aunque teóricamente todos podrían optar por esta vía, los hechos demuestran una complejidad distinta. Por eso se ha afirmado que ‘no se suicida quien quiere’, dando cuenta que se trataría de una condición subjetiva, más que de una decisión consciente y voluntaria.

Se han indagado, tanto en Freud como en Lacan, cuáles serían esas condiciones subjetivas que llevarían al sujeto a cruzar el umbral de la mera contemplación al propósito serio, ya sea como intento o como consumación efectiva. En Freud tendría que ver con tomarse a sí mismo como objeto, o como consecuencia de la desmezcla pulsional, triunfo de Thanatos sobre Eros. Con Lacan se ha hecho mención de aquellos sujetos que se encontraron con la ausencia del soporte simbólico por parte del Otro al ser arrojados a la existencia. También se identificó la importancia del concepto de objeto *a* y de la escena al momento de leer el posicionamiento del sujeto ante los restos del Otro, y cómo los accidentes en la escena –que se rompa el velo del fantasma dejando al descubierto el vacío o que se suba a escena en un nivel redoblado para dar a ver al Otro aquello que no pasa a la escena– pueden desencadenar en un suicidio o al menos en un intento de suicidio.

Se mencionaron diferentes acontecimientos clínicos que hacen del suicidio algo transestructural. Por tal motivo, la diferenciación de estatutos del suicidio ha resultado relevante. Lacan distingue entre *acting out*, como mensaje y llamado dirigido al Otro, del pasaje al acto, como una identificación al *a* como puro desecho y una caída radical del sujeto de la escena. Se resaltó la importancia de leer las coordenadas sobre la relación del sujeto con el *a*, el Otro y la escena, y no de una mera suposición que diferencie un estatuto como serio y el otro no, o uno como logrado y el otro como fallido.

Asimismo, se ha confirmado la premisa de este ensayo de que todo suicidio consumado es un suicidio fuera de la escena. La diferenciación entre *actings out* y pasajes al acto se basa en la relación del sujeto con la escena: el suicidio dentro de la escena sería un *acting out*, y el suicidio fuera de la escena sería un pasaje al acto. Pero

esa referencia queda obsoleta cuando se trata del suicidio consumado, pues independientemente del estatuto, el hecho final del suicidio siempre sitúa al sujeto fuera de la escena y fuera de la posibilidad de presenciar la recepción de su mensaje por parte del Otro. Por lo tanto, aunque se haya tratado de un *acting*, tras el suicidio consumado el sujeto queda fuera de la escena sin poder ser testigo de cómo el Otro respondió o no respondió.

Esta reflexión sugiere que la clasificación entre *actings out* y pasajes al acto, una vez que se consuma un suicidio, se hace pantanosa; lo cual ha llevado a que se interrogue sobre la utilidad de diferenciar estatutos del suicidio cuando se trata de un hecho consumado. No obstante, se ha concluido que la diferenciación de estatutos no reside en un *furor clasificandis* ni en una vindicación a las 'etiquetas' clasificatorias, sino que se trata de un constructo teórico que permite interrogar el posicionamiento subjetivo de quienes se inclinan al suicidio.

A su vez, se menciona la posibilidad de considerar al suicidio como un acto, diferenciándolo del *acting out* y del pasaje al acto. El acto implica en Lacan una deliberación y una autorización sin la garantía del Otro, por ende, leer al suicidio como acto resulta una verdadera despatologización dado que se aleja de las referencias ligadas a la desesperación, el error de cálculos o la locura. Ha quedado abierta la pregunta de por qué ha sido un estatuto 'olvidado' por parte de los analistas. Quizás la posibilidad del suicidio como acto es algo que los angustia, pues, no hay trato del analista con el suicidio que no pase por la relación que éste tiene con la angustia. (Jenkins, 1986)

El recorrido teórico de este ensayo no tuvo como propósito alcanzar una fenomenología del suicidio, sino más bien cuestionar e interrogar conceptos que puedan ser útiles para la práctica clínica. Pues, como se ha planteado, la labor del analista no se trata de un discurso ordenado de la psiquis ni de la aplicación estricta de principios científicos, se trata del ejercicio de una praxis, y las diferentes manifestaciones del suicidio se lo recuerdan.

Es por eso que se han explorado las implicancias éticas y las responsabilidades del analista frente a la posibilidad del suicidio en la urgencia, que para él ha de ser compuesta, urgencia-subjetiva. Se ha abogado por una ética de lo singular que rescate la historia del sujeto, su deseo, más que por la prescripción de un "Bien" moral. Se trata de rescatar al sujeto, no se trata de rescatar a la vida de la persona. Y que el analista no se posicione como el 'salvador', promotor de la vida, no implica hacer una apología del suicidio. En todo caso, de lo que sí se puede acusar al analista es de hacer apología del deseo. Ahora bien, que este último no incluya al suicidio, no está garantizado.

Queda claro que este ensayo deja diversas preguntas sin respuesta, pero se plantea la posibilidad de que las mismas sirvan como estímulo para la continuación de futuras escrituras y para la profundización en otras lecturas. No obstante, hay una pregunta, '¿por qué se suicidó?', que no cesará de no hallar La Respuesta. El psicoanálisis lo advierte, no se puede llenar el agujero de lo imposible de saber e imposible de generalizar. Se puede hacer la prueba ensayando diferentes respuestas, pues sólo para tratar de velar aquello que angustia tanto, pero se encontrarán muchas, demasiadas. Cualquier intento será nulo, siempre habrá algo del suicidio que no se

19

sabe, que no se entiende, que no se busca, que no se encuentra, que no se dice. Siempre habrá algo del suicidio no cesará de no escribirse.

- Burger, H. (2017). *Tractatus logico-suicidalis. Matarse uno mismo*. Valencia, España: Pre-textos
- Camus, A. (2010). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Cioran, E. (2011). *Conversaciones*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets.
- <https://es.scribd.com/document/217198783/Cioran-E-M-Conversaciones>
- Cohen, D. (2000). "El suicidio ¿condena o defensa? Los argumentos filosóficos en torno de la muerte voluntaria". *Ágora*, 19 (2), 107-126. <https://apuruguay.org/wp-content/uploads/2021/06/diana-cohen-el-suicidio-condena-o-defensa.pdf>
- Colovini, M. (2015). Debates actuales: ¿Hay estructuras clínicas? Las marcas de un paradigma. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Rosario. <https://clinicaypsicoanalisis1.webnode.es/news/debates-actuales%3a-%c2%bfhay-estructuras-clinicas-las-marcas-de-un-paradigma-marite-colovini/>
- Faccendini, J. (2016). *Una clínica del grafo del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Foucault, M. (1994). Un placer tan sencillo. En *Estética, ética y hermenéutica. Obras Esenciales*, 857-859. Barcelona, España: Paidós. [https://es.scribd.com/document/57367738/Foucault-Michel-Un-Placer-Tan Sencillo](https://es.scribd.com/document/57367738/Foucault-Michel-Un-Placer-Tan-Sencillo)
- Freud, S. (1992). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas*, tomo II. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. <https://psicologiaen.files.wordpress.com/2016/06/volumen-2.pdf>
- Freud, S. (2003a). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras Completas*, tomo X. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2003b). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional. En *Obras completas*, tomo XXII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2003c). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas*, tomo VII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2003d). Una dificultad del psicoanálisis. En *Obras Completas*, tomo XVII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013a). Contribuciones para un debate sobre el suicidio. En *Obras Completas*, tomo XI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013b). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013c). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas*, tomo VI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud (2013d). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2017a). Duelo y melancolía. En *Obras Completas*, tomo XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2017b). De guerra y de muerte. Temas de actualidad. En *Obras Completas*, tomo XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gallo, H. (2021). *Por qué se suicida un adolescente: Pasaje al acto, urgencia y acto*. Buenos Aires, Argentina: Grama.
- Giani, S. (2011). *El estatuto del suicidio en psicoanálisis y su articulación con el problema del acto y la ética* [Tesis de maestría no publicada]. Universidad Nacional de Rosario.
- Glasman, S. (2007). Enigma del suicidio en el discurso freudiano. *Conjetural*, 46, 19-26. <http://www.conjetural.com.ar/revistas/46.pdf>
- Jiménez Betancourt, R., & García Valdez, R. (2021). Acting out y pasaje al acto. Hacia una ética del acto suicida. *Affectio Societatis*, 18(34), 1–25. <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v18n34a01>

- Jinkis, J. (1986). Interpretación psicoanalítica del suicidio. *Conjetural*: 10, 21-38.
<http://www.conjetural.com.ar/revistas/10.pdf>
- Lacan, J. (13 de Octubre de 1972). *Conferencia en Lovaina*. [Discurso principal]. Conferencia pronunciada en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.
<https://www.lacanerafreudiana.com.ar/2.5.1.21%20%20%20%20CONFERENCIA%20EN%20LOVAINA.%201972.pdf>
- Lacan, J. (1973). Introducción a la edición alemana de los Escritos. *Scilicet*: 5, 11-17.
<https://www.lacanerafreudiana.com.ar/2.5.1.23%20%20%20%20INTRODUCCION%20A%20LA%20EDICION%20ALEMANA%20DE%20UN%20PRIMER%20VOL%20DE%20LOS%20ESCRITOS.%201973.pdf>
- Lacan, J. (1977). *Psicoanálisis: Radiofonía & televisión*. Barcelona, España: Anagrama.
<https://es.scribd.com/doc/105771790/Jacques-Lacan-Psicoanalisis-Radiofonia-y-Television>
- Lacan, J. (1981). Apertura de la sección clínica. *Ornicar*. 3, 1-25. Barcelona, España: Petrel. https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/ouverture_de_la_section_clinique.pdf
- Lacan, J. (2001a). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan (2001b). La tercera. En *intervenciones y textos*. Buenos Aires, Argentina: Manantial. <https://es.scribd.com/document/474914698/Lacan-Jacques-Intervenciones-Y-Textos-2-pdf>
- Lacan, J. (2007). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2009a). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos 1*, pp. 151-190. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
<https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/escritos-1-jacques-lacan.pdf>
- Lacan, J. (2009b). La significación del falo. *Escritos 2*, pp. 653- 662. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
<https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/escritos-2-jacques-lacan.pdf>
- Lacan, J. (2009c). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1*, pp. 231- 309. Siglo XXI.
<https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/escritos-1-jacques-lacan.pdf>
- Lacan, J. (2009d). "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma". *Escritos 1*, pp.193-208. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
<https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/escritos-1-jacques-lacan.pdf>
- Lacan, J. (2009e). *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2009f). La dirección de la cura y los principios de su poder. *Escritos 2*, pp. 559- 615. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
<https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/escritos-2-jacques-lacan.pdf>
- Lacan, J. (2020). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2021). *El seminario. Libro 23: El sinthome*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Leguil, F. (1989). Reflexiones sobre la urgencia. En *La Urgencia: El psicoanalista en la práctica hospitalaria*. Buenos Aires, Argentina: Ricardo Vergara.
<https://es.scribd.com/document/505148119/Dreyzin-Anibal-La-Urgencia-El-Psicoanalista-en-La-Practica-Hospitalaria-Grupo-de-Investigacion-y-Asistencia-Sobre-La-Urgencia>

22

Levé, E. (2010). *Suicidio*. Madrid, España: 451.

https://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/www.unlockpdf.com_451editores_suicidio1.pdf

López Steinmetz, L. C. (2020). Acerca del vocablo suicidio: preexistencia del acto humano de darse muerte respecto de la posibilidad de su nominación. *Boletín de Filología*, 55 (1), pp.461-470.

<https://boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/view/57744>

Pinguet, M. (2016). *La muerte voluntaria en Japón*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo.

Vargas Castro, D. (2020). *El suicidio como acto y sus paradojas*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.

